

Laura Restrepo

La multitud errante: entre la muerte y la agonía de los sobrevivientes

COLOMBIA: SEIX BARRAL, 2001, 138 PÁGS.

Por: Luz Mary Giraldo

Precedida por un epígrafe de John Steinbeck alusivo al terror de la huida y a las cosas extrañas, oscilantes entre la crueldad y la esperanza que suceden mientras se huye, *La multitud errante* se presenta como una historia de amor ligada a la angustia de una constante travesía. Una historia con principio y sin fin en medio de la violencia que, según se sugiere, puede evolucionar a otra de redención al lado de la mujer que detenta la voz narradora. Una historia, en fin, que proviene de la realidad y que la escritora expresa en su oficio colectivo, dice la autora, tendiendo un puente con las inquietudes del cronista Alfredo Molano.

Siete por Tres, o Veintiuno —como se llama al personaje alrededor del cual se teje el discurso— busca infructuosamente a Matilde Lina, desaparecida en uno de tantos episodios de las guerras que han agobiado a Colombia. Enajenado por el abandono, el recuerdo y la pérdida, constata la situación del trashumar, del ser que errante vagabundea en busca de alguien, de algo, de sí mismo, siendo recreado como un ser extraordinario y corriente a la vez: su nombre, sus inciertos orígenes en la “Guerra Chica” cuando los conservadores pintaban “de azul todas las puertas del pueblo”, las vacas y los burros, y la violencia entraba como un espectáculo de luces “invitada por el chisporroteo”, aparece a la salida de misa de gallo en los escalones de una iglesia en Santamaría Bailarina, remoto pueblo situado en los límites del Tolima y el Huila. Es un ser sorprendente que inquieta y genera situaciones como predestinadas, de mirada huraña y pocas palabras, de negro pelo indígena, capaz de vivir la más honda desolación y la más intensa solidaridad. Si Matilde Lina —la joven mujer con quien aprendió a errar siguiendo sus huellas, con quien conoció las voces de los animales, y quien lo acogió en la infancia dándole calor maternal y arraigo—, es el móvil de su búsqueda al ser amada y deseada (virgen y madre, dice una analogía), pasados años de agonía y soledad, el niño que envejece, el adulto, parece hallar reposo a su errancia en un albergue para toda clase de perseguidos, regentado por monjas francesas, y lo encuentra con la narradora, quien ocupa allá un importante lugar en



el que se desempeña como “enfermera de sombras”.

En la brevedad del texto que entendemos como *nouvelle*, realmente nada pasa, pues todo ha acontecido antes del relato, insistiéndose en lo que ha dejado la historia de la violencia que avanza ciega hacia ninguna parte con su río de cadáveres y desaparecidos, generando el infierno de la huida y el limbo de la ausencia, el vacío y la angustia. Lo que pasa está en la interioridad, en la intimidad captada y vuelta escrita.

Como es frecuente en la narrativa de Laura Restrepo, existe una íntima relación entre los hechos narrados y la realidad del país, que deja ver su compenetración con la trama y los personajes. Quizás ahí radica el tinte femenino que va más allá de una postura feminista, pues se vuelca sobre la situación apropiándose, sintiéndola en carne y hueso, viviéndola en todas las gamas de la pasión, desdoblándose en narrador-personaje que se hunde en los recovecos y misterios de la conciencia. La voz inquiere y reflexiona, indaga y afirma, espera y se silencia, consulta y atiende. La mujer que narra ama, se compromete con la historia y el relato, con el desgarramiento de las situaciones, con la intensidad de las sensaciones y, como se afirma en el texto, es la misma que en sus épocas de

estudiante universitaria aprendió con René Girard que “la violencia nunca es irracional”. Sin embargo, esa voz-personaje que sostiene tan profundos vínculos con los protagonistas, generalmente enamorada de seres marginales, resulta cuestionable para algunos lectores. El personaje intelectual que narra mira con dolor la historia de este “tejido ajeno” desde su protagonista enajenado, y asume que en sus manos estaría el control de aquella amargura. Aunque no resulte convincente, en la ficción sería posible este vínculo, esta pasión amorosa que en la realidad parece inverosímil. La narradora ama la materia que sus personajes le entregan y se vuelca en ella, volviéndola morada emocional; así reclama su reconocimiento frente al fantasma que persigue *Siete por Tres*, por ejemplo.

La cronista y periodista apela al juego de todas las personas narrativas ajustando la oralidad a la escritura, entretejiendo voces y construyendo la subjetividad de las mismas: así articula la voz de *Siete por Tres*, la de *Perpetua* y la suya. A través del protagonista sabremos del sentimiento profundo de su búsqueda; gracias a *Perpetua* conoceremos el pasado del personaje y situaciones apremiantes; sabremos de *Charro Lindo*, el líder que por ir detrás de una mujer abandonó a la multitud al “sálvese quien pueda”; tendremos también otra versión de Matilde Lina, de los azares de la guerra, la violencia y el desplazamiento. Por la narradora se dará la posibilidad de entender no sólo los hechos en el contexto sino en el sentido de la condición del exilio como peregrinaje interno, una suerte de destino fatídico, una constante búsqueda. También desde la narradora comprendemos la función de la lectura y la escritura como reflejo de sí mismo, una manera de vivir o de escapar π